

Martínez, Lisandro Alejo

El fetichismo de la sociedad capitalista y su crítica: Acerca del concepto de ideología en los orígenes de la teoría sociológica

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

Cita sugerida:

*Martínez, L. (2014). El fetichismo de la sociedad capitalista y su crítica: Acerca del concepto de ideología en los orígenes de la teoría sociológica. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4808/ev.4808.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

El fetichismo de la sociedad capitalista y su crítica. Acerca del concepto de ideología en los orígenes de la teoría sociológica

Lisandro Alejo Martínez. (Estudiante de Sociología-UBA).

Correo electrónico: lisandromartinez@gmail.com

Resumen:

Es sabido que en la obra de Karl Marx confluyen teoría sociológica y pensamiento político revolucionario. Consideramos que el concepto de ideología es uno de los puntos donde es factible rastrear el cruce entre pensamiento sociológico y crítica del orden social en *El Capital*. Si bien éste no aparece mencionado explícitamente, el concepto de fetichismo de la mercancía permitiría explicar el carácter ideológico del modo de producción capitalista.

El presente trabajo, entonces, se propone indagar sobre una posible definición de ideología a partir de la noción de fetichismo de la mercancía, con el propósito de examinar el potencial que proporciona tal categoría para la crítica del modo de producción capitalista. Para abordar tales objetivos, analizaremos en primer lugar la concepción de la dialéctica presente en la *Introducción general a la crítica de la economía política* y en los prólogos de *El Capital*. En segundo lugar, abordaremos la categoría de fetichismo de la mercancía en relación a los fundamentos de la teoría del valor. Para concluir con la indagación del carácter ideológico de la relación capital-trabajo asalariado a partir del análisis del proceso de producción capitalista como unidad del proceso de trabajo y del proceso de valorización.

1 - Introducción

Tal como el subtítulo de *El capital* parece sugerirnos, adentrarnos en su lectura requiere interrogarse sobre el entrelazamiento del desarrollo de la teoría sociológica con la crítica del orden social capitalista; sobre el modo en que Marx termina de dar forma a la concepción materialista de la historia y formula su teoría del valor al mismo tiempo que lleva a cabo una crítica de las relaciones sociales capitalistas, de sus formas teóricas y de sus consecuencias sobre la subjetividad. Para tematizar esta relación, consideramos que uno de los puntos en los cuales se entrecruza fuertemente la crítica del orden social con la elaboración de su teoría es el concepto de ideología. Dicho concepto ocupa un lugar central en la teoría marxista y permite cuestionar las formas en que el modo de producción capitalista se presenta a sí mismo como una sociedad compuesta por una sumatoria de individuos libres e iguales; como una sociedad que habría erradicado para siempre las relaciones de dependencia personal y, junto con ello, la necesidad de discursos o creencias falsas, como de toda forma de ideología.

Así, frente a la emergencia de una clase social que por su misma existencia trastoca la pretensión de universalidad de los derechos burgueses, la pregunta que podríamos formularnos a partir de *El Capital* es no sólo cómo funciona este nuevo modo de producción, sino qué mecanismos pone en marcha para encubrir y legitimar la desigualdad social y la explotación. Podríamos suponer a modo de hipótesis que, si las relaciones sociales ya no son abiertamente relaciones de dependencia personal como en el feudalismo, la forma ideológica ya no sería la religión ni un discurso ideológico caracterizado por su falsedad y que, por lo tanto, la crítica de la ideología no podría apelar a un modelo basado en la ciencia positiva, semejante al que utilizó la burguesía en su lucha contra la dominación feudal.

Para emplazar los términos en que este problema podría ser resuelto, nos planteamos los siguientes objetivos: en primer lugar, analizar la importancia de las características centrales del “método dialéctico” para la crítica ideológica; en segundo lugar, dar cuenta de los rasgos fundamentales de una posible definición de ideología en *El Capital*; y en tercer lugar, indagar sobre el carácter ideológico de la relación trabajo asalariado-capital a través del análisis del proceso de producción capitalista.

Para abordar el primer objetivo, analizaremos algunos de los atributos principales de la dialéctica presentes en la *Introducción general a la crítica de la economía política*¹ y en los prólogos de *El Capital*; para el tratamiento del segundo objetivo, delinearemos los rasgos fundamentales del fetichismo de la mercancía y su relación con la teoría del valor en la

¹ Desde aquí nos referiremos a esta obra como *Introducción del '57*.

primera sección del primer tomo; y para avanzar con el tercer objetivo, examinaremos el proceso de producción capitalista como unidad del proceso de trabajo y del proceso de valorización a partir de las secciones segunda, tercera y cuarta del primer tomo, así como del Capítulo VI Inédito.

2 – Notas sobre la relación entre la dialéctica y la crítica de la ideología

El surgimiento del problema de aquello que posteriormente será designado con el término ideología está asociado a la ilustración del siglo XVIII y a las luchas de la burguesía en ascenso contra la dominación feudal. En el modo de producción feudal, donde las relaciones sociales eran directamente relaciones personales, la explotación y la dominación entre las distintas clases sociales eran visibles. La religión era la forma ideológica que velaba el carácter opresivo de dichas relaciones y legitimaba la dominación. A consecuencia de ello, la crítica de la burguesía adoptó la forma de una crítica ilustrada que apelaba al conocimiento racional como herramienta de lucha contra los discursos religiosos (Larraín, 2007). Destutt de Tracy es el primero en recurrir al término ideología; lo utilizaba para designar a una ciencia que tenía por objeto hallar los orígenes y las leyes de desarrollo de las ideas. La base de la crítica de la metafísica y la religión era la convicción de que la verdad obtenida mediante la ciencia y su difusión a través de la educación racional, permitirían la construcción de un orden social acorde a la naturaleza humana. La ideología como ciencia expresaba el profundo optimismo en el progreso, la razón y la ilustración, aunque mantenía una concepción estática del ser humano y de la sociedad. Frente a la imagen de una sociedad capitalista en concordancia con la naturaleza humana y libre de coacción, en la cual era innecesario y perjudicial la existencia de discursos falsos como la religión, el orden social feudal era definido como antinatural y opresivo (Eagleton, 2005).

Ahora bien, el uso del término ideología en el pensamiento de Marx, desde su aparición en *La ideología alemana*, posee una connotación negativa. La crítica de la ideología en Marx no podría adoptar en principio la forma de una ciencia positiva, de un conocimiento neutral y objetivo, que descubra las leyes de la naturaleza humana y de la sociedad, y que sólo posteriormente establecería un vínculo instrumental con la actividad política. Marx no se interesa principalmente en una descripción y explicación de las relaciones sociales capitalistas en abstracto, sino que su objetivo principal es demostrar teóricamente el carácter histórico de un modo de organización social que se basa en la explotación y en la degradación de la clase obrera. La redacción de *El Capital* es en sí misma una intervención política en el ámbito de la

teoría. En su pensamiento, la vinculación entre teoría y práctica no es una relación externa entre dos términos separados que existirían independientemente uno del otro, sino que su teoría se construye a través de la “crítica” ejercida desde el punto de vista de “la clase cuya misión histórica consiste en trastocar el modo de producción capitalista y finalmente abolir las clases: el proletariado” (Marx, 2002: 16).

El objetivo de poner en evidencia las contradicciones que genera el mismo capitalismo, y sobre las cuales es necesario intervenir para lograr la transformación social, parecería sugerirnos que la crítica no sólo se basa en el punto de vista de proletariado, sino que el modo en que se realiza es diferente al que utilizó la burguesía en ascenso en su lucha contra la dominación feudal. La teoría de Marx se apoya en una concepción del conocimiento que encuentra en la lógica dialéctica el modo de pensar el desarrollo del capitalismo como un proceso histórico atravesado por contradicciones immanentes. Si la dialéctica en su modulación hegeliana justifica la realidad social existente, una vez despojada del carácter idealista, se vuelve una forma de crítica ideológica, en tanto concibe la sociedad como una totalidad atravesada por contradicciones y sujeta al cambio. Al respecto de la dialéctica sostiene que:

“en su figura racional, es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado percedero; porque nada la hace retroceder y es, *por esencia, crítica y revolucionaria.*”(Marx, 2002: 20; las cursivas son nuestras)

A juicio de Marx, uno de los equívocos centrales del pensamiento hegeliano consistiría en la inversión de los términos de la relación entre teoría y práctica. Al colocar al pensamiento especulativo como creador y productor de la realidad social, Hegel produjo una inversión entre sujeto y objeto, convirtiendo a la razón en el sujeto de la historia y a la realidad social en una de sus expresiones fenoménicas². Diferenciándose de Hegel, Marx sostiene que:

[...] mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento sólo la manera de apropiarse lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual. Pero esto no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo (Marx, 2011: 51).

² Al respecto son ilustrativas las palabras de Hegel: “Por tanto, lo que se realiza en la historia es la representación del espíritu. La conciencia del pueblo depende de lo que el espíritu sepa de sí mismo; y la última conciencia, a que se reduce todo, es que el hombre es libre. La conciencia del espíritu debe tomar forma en el mundo. El material de esta realización, su terreno, no es otro que la conciencia universal, la conciencia de un pueblo. Esta conciencia contiene –y por ella se rigen– todos los fines e intereses del pueblo; esta conciencia constituye el derecho, la moral y la religión del pueblo” (Hegel, 1999: 65).

En este contexto, consideramos que la distinción entre lo “concreto real” y lo “concreto de pensamiento” no apunta a establecer una separación tajante entre el pensamiento y lo real, entre la teoría y la práctica, sino que está destinada a la crítica de la dialéctica hegeliana donde se interioriza la historia en el proceso metafísico del ser (Kohan, 2005). Teniendo en cuenta que, desde las *Tesis sobre Feuerbach*, la noción de objetividad en Marx es distinta de aquella que opera en un materialismo para el cual la realidad está dada y fija, lo “concreto real” es un producto de la praxis histórico social, que incluye como uno de sus aspectos al conocimiento³. Tal como sostiene Bensaïd (2013), la lógica dialéctica, en oposición al pensamiento kantiano, al conocimiento analítico y a las ciencias naturales, pone en evidencia que el tratamiento científico de las cosas no puede considerar a las leyes del pensamiento por fuera del objeto pensado y que no puede hablarse de un método *a priori* listo para ser aplicado a cualquier objeto⁴.

Ahora bien, debido a que el orden social capitalista es un continuo proceso de producción y reproducción de las relaciones de producción en el que continuamente se está recreando a sus agentes –el capital y el trabajo asalariado–, es preciso recuperar el concepto de totalidad concreta para su comprensión. La dialéctica no la concibe como un todo siempre ya dado que determina las partes que lo constituyen, sino que la totalidad tiene una génesis y un desarrollo. El conocimiento debe tener en cuenta su surgimiento y su movimiento. Dicha concepción le permite a Marx desarrollar una crítica de la ideología que pone en evidencia el carácter histórico del capitalismo y, además, permite comprender la apariencia objetiva de los fenómenos a partir del restablecimiento de su conexión inmanente con los procesos sociales de los que son expresión y resultado (Lukács, 1984b).

El proceso conocimiento, tal como puede reconstruirse a partir de la exposición de *El capital*, transita el camino de lo abstracto a lo concreto⁵ e implica la distinción entre un modo de investigación y un modo de exposición. La primera operación del modo de investigación consiste en un proceso de análisis por medio del cual se desagregan las intuiciones y

³ Tal como señala en la primera de las tesis: “La falla fundamental de todo el materialismo anterior (incluido el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa (*Gegenstand*), la realidad [*Wirklichkeit*], lo sensible, bajo la forma del objeto (*Objekt*) o de la *contemplación* (*Anschauung*), no como *actividad sensorial humana*, como práctica [*Praxis*]; no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado de un modo abstracto, en contraposición al materialismo, por el idealismo, el cual, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, en cuanto tal” (Marx, 1985: 665; cursivas en el original).

⁴ Sobre esta cuestión, Adorno (2013) expresaba algo similar en uno de sus cursos introductorios al pensamiento dialéctico: “[...] hasta el principio de la dialéctica, opuesto al pensar mecanicista, cuando no se lo maneja dialécticamente, es decir, en contacto con su objeto y adaptándolo al objeto, puede de un momento a otro provocar el efecto de un pensar mecánico, o dicho de otro modo: la dialéctica misma no tiene ningún salvoconducto para no volverse, por su parte, también ideología” (109)

⁵ Para la elaboración de esta parte del trabajo hemos seguido de cerca los trabajos de Dussel (1985) y Kohan (2005).

representaciones confusas (ideológicas) que existen sobre la realidad social; por medio de la abstracción se obtienen determinaciones abstractas y simples que refieren a momentos reales de la sociedad capitalista. En *El Capital* determinaciones simples serían las categorías de mercancía, valor y dinero (Kohan, 2005).

La segunda operación del proceso de conocimiento se centra en el momento propiamente dialéctico, el cual consiste en la articulación de las múltiples determinaciones obtenidas a partir de la abstracción; este momento corresponde al pasaje de lo abstracto a lo concreto. En dicha etapa se lleva cabo un proceso de síntesis en el cual las determinaciones son articuladas en relaciones ordenadas y jerarquizadas lógicamente. La categoría de totalidad concreta, síntesis de múltiples determinaciones, es el resultado al que llega el proceso de conocimiento. La primera totalidad concreta es el capital, en la cual se reúnen las categorías de mercancía, valor, dinero y fuerza de trabajo (Kohan, 2005). Esta totalidad es concreta en relación a las determinaciones abstractas y generales, pero es abstracta si es considerada a partir de las totalidades más concretas y explicativas que contienen mayor especificidad y que son desarrolladas por Marx en el segundo y tercer tomo (Dussel, 1985).

El modo de exposición consiste en el ordenamiento de las categorías desde las más abstractas hasta las más concretas y explicativas. En la exposición, el ordenamiento de las categorías no se realiza según el orden de aparición en la historia, sino que se lleva a cabo de acuerdo al todo ya desarrollado en el que domina el capital y al que se subordinan todas las categorías restantes. El orden de determinación lógico-estructural es inverso al orden de determinación histórico. La exposición lógica parte del resultado al que había llegado el desarrollo precedente. La mercancía, el valor y el dinero son cronológicamente anteriores al capital, pero una vez establecido el modo de producción capitalista, pasan a ser determinados por la función que cumplen en el resultado (Kohan, 2005). El punto de partida de la exposición sólo puede ser definido una vez que se ha logrado conceptualizar la totalidad concreta en su conjunto, el modo de producción capitalista. *El Capital* comienza con la mercancía porque es un objeto en el que se expresa la relación social más básica de la sociedad capitalista.

3 – Teoría del valor, fetichismo de la mercancía y crítica de la ideología

Una de las potencialidades que brinda la teoría del valor para la crítica de la ideología es precisamente el estudio de las formas y de su conexión interna con los contenidos que se presentan en ellas. La teoría del valor-trabajo examina una forma social específica de la

actividad laboral (Rubin, 1974). El análisis de la mercancía reviste una particular importancia, ya que:

La forma del valor asumida por el producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de producción social y con esto, como algo histórico. Si nos confundimos y la tomamos por la forma natural eterna de la producción social, pasaremos también por alto, necesariamente, lo que hay de específico en la forma de valor, y por tanto en la forma de la mercancía, desarrollada luego en la forma de dinero, la de capital, etc. (Marx, 2002: 98-99).

En todos los modos de producción, los hombres han tenido que producir objetos útiles que satisfagan sus necesidades a través de la transformación de la naturaleza y la producción de los medios de trabajos necesarios para ello, pero sólo en la sociedad capitalista los productos del trabajo humano adoptan la forma de mercancías. La estructura de dicha forma social del producto de la actividad laboral se caracteriza por poseer un doble carácter, un valor de uso y un valor. Consideradas como valores de uso, las mercancías son objetos que satisfacen necesidades humanas debido a sus propiedades materiales y se distinguen en base a sus diferencias cualitativas. El trabajo concreto requerido para su producción es un tipo de actividad productiva orientada hacia un fin; ejercida sobre un determinado objeto con la utilización de determinados medios de trabajo.

En la sociedad capitalista, esos productos del trabajo humano son además portadores del valor de cambio. En su relación con diversos tipos de valores de uso, una determinada cantidad de una clase de productos del trabajo humano puede ser intercambiada por una cantidad de otra clase. No obstante, el valor de cambio sólo puede ser el modo de expresión de un contenido diferenciable de él. Esa sustancia no puede ser una propiedad natural de las mercancías, ya que en la relación de intercambio se hace abstracción de las cualidades de los valores de uso y de los trabajos concretos, y se las considera sólo desde el punto de vista de una variación cuantitativa de una misma sustancia. Lo único que tienen en común dichas mercancías es que en ellas se materializa una determinada cantidad de gasto de fuerza humana de trabajo, un trabajo abstracto, independientemente de la forma en que se lo lleva a cabo.

La abstracción de las características concretas de los trabajos es una abstracción real, un producto de la sociedad capitalista. Como señala Bedeschi (1972), existen dos presupuestos que hacen posible su surgimiento. En primer lugar, el individuo aparece por primera vez como persona independiente, dejar de estar sometido al propietario privado a través de un vínculo político y coercitivo directo. Se libera del vínculo que lo une al medio de producción y al propietario, y se vende libremente en el mercado como mercancía. En segundo lugar, el trabajador se desprende de los lazos que lo unían con las artes y oficios

medievales, y se convierte en una persona capaz de desplazarse de una actividad laboral a otra.

A partir de las características sociales del trabajo abstracto expresadas en el valor de las mercancías, Marx afirma que su carácter de valor sólo puede manifestarse en una relación de intercambio. La relación más abstracta y general de valor es la llamada forma simple, donde se enfrentan dos mercancías que ocupan diferentes posiciones. Aquella que expresa su valor, la cantidad de trabajo abstracto contenido en ella, adopta una forma relativa. Como la sustancia que debe expresar es social, no puede expresarse en su mismo valor de uso, sino que debe expresarse en otra mercancía que adopta la forma de equivalente. En dicha relación esta segunda mercancía posee tres rasgos fundamentales. En primer lugar, sólo cuenta como valor de uso, como encarnación material del valor. En segundo lugar, el trabajo empleado para su producción entra en consideración como un trabajo concreto que sirve de espejo del trabajo abstracto humano. Por último, el trabajo privado del productor de la mercancía que ocupa la posición de equivalente refleja el carácter social del trabajo.

La ampliación y profundización del intercambio desarrollan la contradicción entre valor de uso y valor contenida en la mercancía, hasta llegar a la escisión entre mercancía y dinero. Con la consolidación de un equivalente general, se obtiene una forma autónoma al valor. La mercancía dineraria aparenta tener como una de sus propiedades esenciales el ser valor. En suma, el carácter enigmático de la forma de valor que asumen los productos del trabajo humano consiste en:

[...] refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores (Marx, 2002: 88).

Los productos del trabajo en la forma mercantil no sólo “ocultan” las relaciones sociales, sino que su intercambio es necesario para establecer una relación entre los individuos. Las relaciones sólo vinculan a las personas a través de las cosas, de forma tal que los productos del trabajo adquieren una función y una forma social particular según el tipo de relación de producción que expresen. Esto da lugar a la *personificación de las cosas*, a un proceso por el cual la forma social de las cosas permite a su propietario entrar en relaciones de producción; y a la *materialización de las relaciones de producción*, un proceso en el que las relaciones de producción entre personas asignan determinadas características sociales a las cosas mediante las cuales se relacionan entre sí. La personificación de las cosas aparece en la superficie de la vida social y puede ser observada directamente; por el contrario, es más difícil

rastrear el surgimiento de las formas sociales de las cosas a partir de las relaciones sociales, ya que son el resultado de un proceso social que se produce a espaldas de los individuos (Rubin, 1974).

El valor debe ser entendido como una relación social que asume una forma material y que se encuentra relacionada con el proceso de producción. A partir de la forma del valor y su relación con el trabajo social (abstracto) podemos ubicar el origen del fetichismo en la forma social que adopta el trabajo que produce mercancías. La sociedad no controla conscientemente la producción, ya que la relación social sólo se produce a partir del intercambio de los productos del trabajo en el mercado. Esto pone en evidencia el carácter atomizado de la sociedad, la ausencia de una regulación directa de la actividad laboral. Los productos del trabajo sólo se convierten en mercancías porque son el resultado de una actividad productiva ejercida en forma privada por productores libres e independientes. Los trabajos concretos de estos productores son trabajos privados que sólo se convierten en trabajos sociales y se vinculan con el trabajo de los otros miembros, si el producto de sus trabajos es igualado como valor con los productos del trabajo de otros propietarios. Esta acreditación de los trabajos privados como trabajos sociales supone una abstracción de las formas concretas de los objetos intercambiados y de los trabajos concretos que se han gastado en su producción. El trabajo concreto y privado sólo se transforma en trabajo social al convertirse en trabajo abstracto a través de la igualación de los productos del trabajo como valores. El trabajo social se cosifica y adquiere la forma de una propiedad ligada a las cosas y que aparenta ser una de sus propiedades. El trabajo cosificado es lo que se expresa en el valor.

De lo desarrollado hasta aquí en este apartado, podemos extraer algunas de las características esenciales de una posible definición de la noción de ideología. Dicho concepto haría referencia menos a una representación falsa o a un discurso intencionalmente deformante que a las formas en que se performan las subjetividades en el capitalismo a partir del carácter cosificado de las relaciones sociales. La misma constitución de las relaciones sociales en el capitalismo produce esa mistificación con la que se enfrentan cotidianamente los sujetos que participan de las relaciones de intercambio. Un tipo de mecanismo ideológico que podría ser definido en forma sintética como una “*conciencia ‘verdadera’ de una realidad ‘falsa’*” (Grüner, 2006: 106; cursivas en el original). La vinculación inmanente con la praxis es puesta de manifiesto al señalar que su superación solamente es posible por la vía de una transformación social: “la figura del proceso social de vida, esto es, del proceso material de producción, sólo perderá su místico velo neblinoso cuando, como producto de hombres

libremente asociados, éstos la hayan sometido a su control planificado y consciente” (Marx, 2002: 97)⁶.

4 – El fetichismo del capital

Antes de comenzar a examinar el carácter ideológico o cosificado de la relación capital-trabajo asalariado, es preciso señalar que el análisis de la primera sección del tomo uno de *El capital* no es un abordaje orientado a indagar sobre la estructura de una sociedad mercantil simple donde estarían ausentes las relaciones de explotación, sino que trata de delinear las características de la relación social básica de la sociedad capitalista. La importancia que tiene esta aclaración reside en que las relaciones entre los miembros de las diferentes clases sociales se llevan a cabo como relaciones entre productores libres e independientes de mercancías. Los individuos aislados se relacionan entre sí como representantes sociales de diferentes factores de producción, y las posiciones que ocupan en dichas relaciones dependen de la forma social de las cosas que poseen (Rubin, 1974).

La relación entre trabajo asalariado y capital, considerada unilateralmente en la esfera de la circulación, parece ser la realización de la existencia autónoma y contrapuesta del capital y el trabajo en la forma de compradores y vendedores de mercancías, sometidos a las leyes del mercado. El intercambio de mercancías entre un capitalista y un obrero es simplemente el cambio de una suma de dinero adelantada (capital variable), equivalente al tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los medios de subsistencia, por la mercancía fuerza de trabajo. Se intercambian dos valores de uso cualitativamente diferentes que son cuantitativamente equivalentes.

Ahora bien, la fórmula M-D-M expresa la forma de una circulación mercantil donde los productores libres e independientes buscan satisfacer sus necesidades a través de la venta de su mercancía, de la cual obtienen una suma equivalente de valor en la forma de dinero que destinan a la adquisición de un valor de uso cualitativamente diferente. La imposibilidad de que la autovalorización del valor se produzca a través de la circulación mercantil simple radica en que dicha forma es el movimiento por el cual el valor se realiza sólo en cuanto se efectúa la transferencia de valores de uso destinados al consumo, momento en el cual el valor desaparece al ser consumido el valor de uso. Tal como señala en el *Capítulo VI inédito*:

⁶ Aquí se introduce el problema de la superación de la cosificación de la conciencia del proletariado y la construcción de un sujeto político capaz de volcarse activamente a la superación del modo de producción capitalista. Esta cuestión ha sido abordada en profundidad por el joven Lukács (1984a) en los ensayos que componen *Historia y conciencia de clase*.

Si consideramos, no obstante, el capital entero por una parte, es decir el conjunto de los adquirentes de capacidad de trabajo, y la totalidad de los vendedores de capacidad de trabajo, la totalidad de los obreros por otra, tendremos que el obrero se ve forzado a vender en lugar de una mercancía su propia capacidad de trabajo como mercancía (Marx, 2011: 35).

El intercambio considerado desde el punto de vista de una relación entre clases sociales pone en evidencia el carácter particular de la fuerza de trabajo. A diferencia de la circulación mercantil simple, en la circulación del dinero como capital, el objetivo impulsor del proceso es el incremento del valor. El valor adelantado además de mantenerse en la circulación, se ve sometido a un incremento cuantitativo, se valoriza o, en otros términos, incorpora un plusvalor. El dinero se convierte en capital sólo cuando el valor se convierte en sujeto de un proceso en el cual logra mantenerse y ampliarse. Tal como se refleja en su fórmula (D-M-D'), sus dos extremos son dinero y no existe una diferencia cualitativa entre ellos. La única divergencia posible es de tipo cuantitativo. Tal como mencionamos, si en el capitalismo la relación social básica es la relación de productores privados e independientes, la autovalorización del valor no puede encontrarse en el intercambio de equivalentes producido en la esfera de la circulación, pero tampoco se puede producir fuera de dicho ámbito. Dicho proceso requiere la existencia de una mercancía cuyo valor de uso sea fuente del valor y que su consumo sea él mismo objetivación de trabajo y creación de valor. De modo que, desde el punto de vista de la valorización, el valor que circula buscando acrecentarse y la capacidad de trabajo que se obtiene mediante la compra de la fuerza de trabajo en el mercado son ambos un trabajo abstracto, el primero ya objetivado y el segundo en vías de objetivarse en el proceso de producción inmediato. La valorización del valor requiere de la existencia del trabajador como trabajador asalariado; como una clase social desprovista de los medios de producción necesarios para la creación de sus medios de vida que sólo puede llevar al mercado su propio cuerpo y su propia subjetividad convertida en cosa. El pasaje de la circulación mercantil a la circulación del capital precisa de la existencia de una relación de producción capitalista, que supone la escisión e inversión entre sujeto y objeto, la subsunción del trabajo en el capital.

El proceso de producción inmediato, en su forma capitalista, es la unidad de un proceso de trabajo y de un proceso de valorización. No se trata de dos procesos diferentes, sino de dos aspectos de un único proceso considerado, en el primer caso, desde el aspecto técnico-material y, en el segundo, desde el aspecto de su forma social. La diferenciación entre los dos procesos y la particular relación que se establece entre ellos en la sociedad capitalista, le permite a Marx dar cuenta de la explotación de la fuerza de trabajo, así como de las características fetichistas del proceso de producción capitalista.

El *proceso de trabajo* parte de la unidad entre el hombre y la naturaleza mediada por el trabajo, como base de la existencia social del hombre. Se realiza a partir de la unidad del trabajo vivo y el trabajo objetivado, en vista de la satisfacción de necesidades humanas. Por el contrario, el *proceso de valorización* tiene por objetivo la creación de un valor abstracto incrementado y supone la separación entre trabajo vivo y trabajo objetivado (Napoleoni, 1976). El proceso de valorización es posible porque se produce la objetivación del trabajo vivo dentro del proceso de trabajo. El capitalista debe hacer confluir en sus manos ambos elementos del proceso de trabajo, la fuerza de trabajo y los medios de producción, para poner en marcha el proceso productivo. El trabajo vivo es el medio para realizar el objetivo del proceso de valorización, la conservación de ese valor objetivado y su incremento.

El proceso de valorización requiere de la existencia de determinadas condiciones técnicas de producción que el capital subsume formalmente en un primer momento y que luego transforma, con el surgimiento de la maquinaria y la gran industria, a los fines de lograr una mayor obtención de plusvalía. En sus inicios, el modo de producción capitalista introduce solamente un cambio formal en el proceso de producción. A este proceso Marx lo denomina subsunción formal del trabajo en el capital. Modifica las relaciones sociales, pero las condiciones técnicas del proceso de trabajo siguen siendo las mismas que en el modo de producción anterior. El obrero trabaja bajo el control del capitalista, quien a su vez es el propietario de los productos del trabajo creados por la actividad laboral de los obreros. Al trabajador se le paga el valor de su fuerza de trabajo, pero el valor de uso que obtiene el capitalista es la capacidad de crear valor y transferir el valor contenido en los medios de producción. El capitalista extiende la jornada laboral más allá del tiempo necesario para la reproducción del valor adelantado en la forma de salarios y se apropia de una cantidad extra de trabajo, de un *plustrabajo*, que se materializa en un valor adicional del producto del trabajo, en una plusvalía.

Las modificaciones del proceso de trabajo subsumido formalmente en el capital se limitan a la continuidad y ordenación del proceso productivo, al surgimiento de una vigilancia capitalista que ordena el proceso de trabajo, lo intensifica y lo vuelve continuo. Sin embargo, la transformación principal que el capitalismo introduce en la producción es la ampliación constante de su escala, dado que la única finalidad del proceso de producción capitalista es la creación de plusvalía. Para realizar dicha finalidad, es necesario superar las barreras que las características técnicas le imponen al proceso de valorización. Con la subsunción real del trabajo en el capital, se produce una transformación en la relación entre el trabajo y los medios de producción. Se desarrolla una técnica netamente capitalista que convierte al

trabajador en un mero apéndice de la máquina. De un modo de extracción de plusvalía absoluta, se pasa a una extracción de plusvalía relativa, basada en la reducción del tiempo necesario para reproducir el valor de la fuerza de trabajo mediante el desarrollo de la productividad del trabajo.

La importancia del análisis de los dos aspectos del proceso de producción para la crítica de la ideología, se debe a que dicha forma social de llevar a cabo el proceso de trabajo da lugar a una mistificación que consiste en considerar la forma social, la valorización, como un proceso técnico-material ligado a la mediación del hombre con la naturaleza. A consecuencia de ello, la forma capitalista de producción se presenta como un proceso natural, eterno y siempre-ya dado, y el capital es identificado con las cosas que cumplen una función técnica en el proceso de trabajo, los medios de producción.

En el proceso productivo, a diferencia de los medios de producción que ingresan al proceso de producción como valores de uso con la misma forma que poseen en el proceso de circulación, en lugar del capital variable o los medios de subsistencia está la capacidad de trabajo o trabajo vivo que entra en contacto con los medios de producción, con el capital constante (Napoleoni, 1976). La relación que el obrero establece con los medios de producción es diferente según sea considerada desde el aspecto técnico-material o desde el aspecto social. Durante el proceso de trabajo, el obrero utiliza los medios de trabajo para transformar un objeto de trabajo, es decir, el trabajador es quien domina los medios de producción –en términos estrictos esto sólo sucede durante el período en que el capital ha subsumido sólo formalmente al trabajo–. Desde el punto de vista del proceso de valorización, la relación se invierte. El trabajo vivo queda dominado por las condiciones objetivas del trabajo, por aquellos resultados de trabajos previos que ahora se le enfrentan y lo dominan. Se produce una inversión real en la cual los medios de producción adquieren la forma de medios para absorber trabajo vivo y el trabajo se convierte en un medio para mantener y acrecentar la magnitud de valor (Bedeschi, 1972).

De lo dicho hasta aquí se desprende que el capitalismo lejos de ser la realización de la libertad y la igualdad, se basa en una relación social opresiva que sólo se distingue de los modos de producción anteriores por la forma en que se lleva a cabo la explotación del trabajo ajeno. El contraste principal con aquellas formas sociales de producción basadas en lazos de dependencia personal es que el carácter fetichista que impregna todas las relaciones sociales las vuelve meras relaciones entre cosas. La ideología es un efecto estructural del modo de producción capitalista. La inversión real en la esfera de la producción se expresa contradictoriamente en la circulación como una relación entre productores libres e

independientes. La mediación mercantil de tal relación agrega a dicho modo de manifestarse la apariencia de una carácter natural, ahistórico, y “oculta” la relación social que se manifiesta en ella. Tales apariencias no son una invención de las clases dominantes ni de la economía vulgar, son una apariencia necesariamente distorsionada de las relaciones reales que se encuentran invertidas en la producción. Si los sujetos sociales adhieren a estas concepciones ideológicas, es porque la circulación de mercancías es aquello que está inmediatamente presente en la superficie de la sociedad capitalista.

5 – A modo de cierre

La crítica de la ideología se apoya en ciertos aspectos de la dialéctica hegeliana como la relación entre esencia y apariencia, y el concepto de totalidad. La dialéctica se muestra no tanto como “método”, sino como la única forma de adentrarse en las peripecias de un modo de producción que se configura a sí mismo como totalidad.

A través de la relación entre la teoría del valor y el fetichismo de la mercancía, presentamos los rasgos fundamentales de un concepto de ideología que permite pensar no en representaciones e ideas desligadas de la práctica, sino en las formas de conciencia social que entraña la dinámica de la sociedad mercantil-capitalista y que le permite perpetuarse más allá de sus contradicciones. A diferencia del modo de producción feudal, la ideología no apunta a discursos o creencias falsas que velan una realidad transparente, sino que se traslada al ámbito de las relaciones sociales cosificadas producidas de la inversión real que ocasiona la imposición de la lógica del capital. El modo de producción capitalista consiste fundamentalmente en un proceso de producción social que se basa en la apropiación de trabajo ajeno bajo la apariencia de un intercambio de equivalentes y en la completa separación entre trabajo y propiedad. La producción ya no aparece como hecho social, sino como acto privado de productores aislados, en la que todas actúan como sujetos aislados e independientes y sólo se relacionan entre sí a través de los productos de su trabajo.

En suma, Marx desmontan los fetiches que produce la sociedad capitalista construyendo conceptos que permitan dar cuenta teóricamente de esa compleja totalidad que ha bautizado como modo de producción capitalista. En su obra, el conocimiento no se separa nunca de la necesidad de repensar los modos en que puede llevarse a cabo una intervención política desde el punto de vista del proletariado. Sin embargo, el carácter político inmanente del pensamiento marxista no armoniza del todo con aquellos que lo definen *simplemente* como una teoría sociológica más y lo amalgaman a un modelo de ciencias sociales en general,

y de sociología en particular, que concibe al conocimiento como un instrumento que produciría un conocimiento objetivo que posteriormente se pondría a disposición de los actores sociales.

6 - Bibliografía

- ADORNO, T. (2013). *Introducción a la dialéctica (1958)*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- BEDESCHI, G. (1972). *Alienación y fetichismo en el pensamiento de Marx*. Madrid: Alberto Corazón.
- BENSAÏD, D. (2013). *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. (2da. ed.). Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- DUSSEL, E. (1985). *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- EAGLETON, T. (2005). *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- GRÜNER, E. (2006). "Lecturas culpables. Marx(ismos) y la praxis del conocimiento", en *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas* (pp. 105-145). Buenos Aires: CLACSO.
- HEGEL, G. W. F. (1999). *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*. Madrid: Alianza.
- KOHAN, N. (2005). *El Capital: Historia y método (Una introducción)*. La Habana: Ciencias Sociales.
- LARRAÍN, J. (2007). *El concepto de ideología. Volumen 1: Marx*. Santiago de Chile: Lom Ediciones.
- LUKÁCS, G. (1984a). *Historia y consciencia de clase*. Madrid: Sarpe.
- LUKÁCS, G. (1984b). "¿Qué es marxismo ortodoxo?", en *Historia y Consciencia de Clase*. (Vol. 1). Madrid: Sarpe.
- MARX, K. (1985). *Tesis sobre Feuerbach*. Buenos Aires: Pueblos Unidos y Cartago.
- MARX, K. (2002). *El capital. Crítica de la economía política* (Vol. 1). Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- MARX, K. (2011). *El Capital. Libro I, Capítulo VI (inédito)*. México: Siglo XXI editores.
- NAPOLEONI, C. (1976). *Lecciones sobre el capítulo sexto (inédito) de Marx*. México: Ediciones Era.
- RUBIN, I. I. (1974). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente n° 53.